

## PARALELISMO HISTORICO

Capitán DIEGO ALFONSO GONZALEZ OSSA



En mi deseo por despertar en el ánimo del lector un hábito investigativo y estudioso por problemas trascendentales que ya están escritos y por otros que en el porvenir lo serán, he adelantado el presente trabajo que he titulado "Paralelismo Histórico", para demostrar que en los dos últimos siglos de historia, el mundo en implacable sucesión de fechas se ha visto convulsionado por fuerzas interiores y externas extraordinarias, que si bien no han cambiado la faz del universo, han sido lo suficientemente importantes para mirar con pesimismo el futuro cercano de otra contienda mundial.

La historia nos demuestra y relata, que desde los tiempos cavernarios hasta la época ultramoderna que vivimos, el mundo ha progresado en forma paralela y simultánea, con una sucesión impresionante de contiendas, como si el adelanto estuviera en función directa con ellas, lo que demuestra en forma escueta y fría que el mundo siempre ha estado en guerra y que los lapsos de paz no han sido sino fugaces momentos de preparación para otras contiendas.

Trataré a partir de la Revolución Francesa, de demostrar en el presente trabajo lo aseverado anteriormente, para concluir de que a pesar de

todos los pactos de no agresión, de todas las conferencias internacionales, y de todas las reuniones en la cumbre, el mundo va forzosamente en un proceso histórico definido a su destrucción, consecuencia esta lógica de una tercera conflagración mundial.

La Revolución Francesa (1789-1830) es el desplome violento del antiguo régimen monárquico y feudal y el advenimiento al poder de la burguesía. Es el coronamiento de una larga evolución política, económica y social que ha hecho de la burguesía la dueña del mundo. Contra lo anterior, el proletariado moderno tiende en impulso arrollador a acabar con esa larga hegemonía y, si no hay valla que se le interponga acabará por conquistar su objetivo.

La Revolución estalló en Francia y no en otra parte porque la burguesía francesa había ido siendo cada vez más poderosa, porque la centralización monárquica facilitaba en el país un movimiento general, porque los escritos de los filósofos habían atizado el descontento y formulado con antelación el programa de reformas a realizar y porque la debilidad del gobierno de Luis XVI había hecho necesarias ciertas reformas que el propio gobierno parecía incapaz de llevar a cabo.

Pero, sobre todo, porque la resistencia feudal, que se había ido incrementando a lo largo de toda la centuria anterior, hizo imposible cualquier progreso sin el concurso de la fuerza.

Fue tan grande su influencia en la historia de Europa y del mundo que hizo del siglo XIX el siglo de la democracia y de las nacionalidades.

He dicho que los filósofos franceses habían atizado con sus escritos el descontento y el odio por cierto estado de cosas anormales. Ha habido escritores, hecho paradójico que han negado la acción de los escritores sobre las grandes crisis sociales. Jorge Sorel autor de las "Reflexiones sobre la violencia" dice que "No se cambia el curso de la historia con literatura". La literatura por sí sola es incapaz de provocar un movimiento social, pero para que la mayoría de los hombres sientan la injusticia, es necesario que alguien se la explique; para que deseen reformas, es preciso denunciarle los abusos; para que se consagren a una causa hay que presentarles un ideal.

Si Carlos Marx no hubiera escrito, la revolución rusa no hubiera sido lo que fue. Es imposible querer explicarse a Robespierre sin Juan Jacobo Rousseau, ni a Lenin sin Carlos Marx. Lenin decía: "Sin teoría revolucionaria, no hay revolución".

---

#### CAPITAN

#### DIEGO ALFONSO GONZALEZ OSSA

Oficial del Arma de Caballería. Egresó de la Escuela Militar de Cadetes como Subteniente en diciembre de 1952. Ha sido Oficial de Planta de la Escuela de Carabineros, del Grupo Mecanizado de Reconocimiento y del Batallón Guardia Presidencial. Fue destinado en el año de 1958 en Comisión de estudios a Campo de Mayo República Argentina. Actualmente se desempeña como Edecán de Ejército de la Presidencia de la República.

De 1748 a 1763, entre los dos tratados de paz de Aquisgrán y de París, tan nefastos para Francia aparecen las obras maestras de Montesquieu, Diderot, Buffon, Voltaire, D'Alembert, Bayle y Rousseau para no citar más que a los principales. En 1751 hace su aparición el primer volumen de la Enciclopedia, vasta empresa de propaganda y de librería y cuyo programa se encargó de trazar D'Alembert.

Por todas partes se organizan sociedades, para discutir las cuestiones políticas del día. Surgen academias lo mismo que salas de lectura, sociedades agrícolas y logias masónicas.

La crisis revolucionaria se extendió a lo largo de una docena de años: 1787-1799. Tras haber intentado establecer una monarquía constitucional, la república derribó la realeza (1792). Describió una curva ascendente hacia la democracia; una democracia que no vaciló en echarse en los brazos de sucesivas dictaduras, hasta la caída de Robespierre (1794). Descendió después a la oligarquía burguesa del Directorio (1795-1799) para terminar finalmente en la Dictadura militar de Napoleón (1799) que, aunque suprimió las libertades públicas, fue duradera porque consolidó los resultados materiales y jurídicos de la Revolución.

Este último periodo (Imperio) puede dividirse en tres grandes fases:

La conquista imperial y la formación del gran Imperio abarcan desde 1804 a 1807 hasta la alianza con Rusia, en Tilsit, donde Napoleón cree obtener la paz continental mediante un acuerdo con Alejandro. Es el momento cumbre, el apogeo del Imperio.

Después asistimos al desarrollo de la crisis del sistema continental, de Tilsit al nacimiento del "Rey de Roma" (1811), época durante la cual el imperio evoluciona de la forma fede-

ral hacia la unitaria. Es el imperio de la imposición que trata de bastarse a sí mismo y hacer de Francia el único proveedor de Europa. El imperio alcanza entonces su máxima expansión, pero empiezan ya a manifestarse los primeros síntomas de una resistencia nacional y los primeros signos de una crisis política, moral, religiosa y económica frente a un despotismo cada vez más intolerable.

Viene por último el hundimiento del Imperio, cuyo destino se juega desde el mes de junio de 1812, comienzo de la campaña de Rusia, hasta 1814, fecha de la primera abdicación. El año de 1815 asiste al retorno de Napoleón y a los cien días, pero la gran aventura ha terminado y en Viena negocian con dificultad los aliados vencedores, el reparto del Gran Imperio. Napoleón había intentado unir a Europa toda, articulándola en un Imperio. El genial curso fracasará en el empeño, como fracasará Carlos V: sea cual fuere el juicio de su obra, debe considerársele como uno de los precursores de la unidad europea.

El hundimiento del Imperio Napoleónico (1814) había dejado a Europa en el caos. Muchos de los territorios de que Francia había sido desposeída o sobre los cuales había establecido su influencia durante los últimos veinticinco años, se enfrentaban ahora con una situación incierta.

Por eso los Aliados (Rusia, Gran Bretaña y Austria) se reúnen en Viena en un congreso general, con la misión de proceder a una reorganización europea, distribuir entre los vencedores aquel vasto conjunto de territorios, de conformidad con las exigencias de la política de equilibrio y procurar la estabilidad regular del nuevo estatuto internacional de Europa.

Vano empeño, pues Europa iba a

demostrar en pocos años más tarde, que lo estatuido en el congreso de Viena eran solamente palabras que al menor vaivén de la política y de la ambición habrían de cambiar completamente los objetivos de los países vencedores.

La reconstrucción de Europa, llevada a cabo en el Congreso de Viena, no debe hacernos perder de vista el carácter artificial de una parte de su obra, que sucumbió en el siglo XIX ante el empuje de fuerzas morales, políticas y nacionales. Y es que los vencedores cometieron el error de inspirarse (como más tarde al finalizar la I Guerra Mundial), casi unánimemente en la política de equilibrio, sin preocuparse de los corazones de los hombres, de las conciencias, de las tradiciones o de las aspiraciones de un buen número de pueblos de cuyos destinos habían dispuesto soberanamente. He aquí precisamente las causas reales de las contiendas que más tarde se sucedieron. Por qué, se pregunta uno, el mundo o sus intelectuales y políticos no buscan la esencia misma de la guerra, en esos desacuerdos de clases y de ideales encontrados y no miran sino el aspecto mezquino de una política objetiva, de conveniencias o de cálculos y caprichos de los grandes Estados prescindiendo en absoluto del espíritu nacional y tradicional de los pueblos? El Congreso de Viena aseguró "una paz duradera" como algunos historiadores la llaman, que no se rompió hasta las sangrientas guerras por la unidad alemana e italiana (1840). Secuela de los tratados puestos en vigencia, fue el descontento total de los franceses, en los cuales germinó desde el primer instante un espíritu de desquite funesto hasta nuestros días.

Asistióse pues, en Francia al nacimiento de una opinión a la vez apa-

sionadamente liberal y nacional que quería borrar la "vergüenza" de 1815 y que se transformará en uno de los factores esenciales de su vida política. El éxito de Napoleón III, unos cuarenta años más tarde, se explicaría en gran parte por esa corriente de opinión que él supo halagar presentándose como el destructor de los tratados de 1815.

Como ha dicho Albert Sorel, "en 1815 se echó Francia en los brazos de la Revolución".

Las decepciones de los pueblos alemanes, italianos y polacos sacrificados a las "conveniencias" de los grandes, no fueron menores. No de otro modo pueden explicarse sus vivas reacciones que iban a hacer de Europa el campo cerrado en el que las nacionalidades despertadas por la Revolución buscaran belicosamente su desquite.

Si fuera posible en la historia, confundir un período con la vida de los hombres que más han hecho para modelarla a su ambición, podríamos afirmar que el período de 1852 a 1870 señala el fracaso del sueño de Napoleón III y el triunfo de la voluntad bismarckiana.

Napoleón III se presenta como el abanderado de la reivindicación francesa sujeta al tratado humillante de Viena. Bismarck, diplomático hábil y paciente busca la hegemonía alemana basada en sus aspiraciones de unir Austria y Prusia y para ello organiza su ejército del cual, él es el alma.

Frente a esa Prusia cada vez más fuerte, el Imperio Francés va debilitándose sin cesar. El Imperio vacilante va en busca del último triunfo de prestigio ("Señor, haced algo grande" le dicen a Napoleón III sus ministros), disputando a Prusia la ocasión

de una guerra que ésta busca desde hace tres años.

La partida empezaba bajo los mejores auspicios para Bismarck; la nación alemana era atacada por el "enemigo hereditario", y el chauvinismo patriótico iba a cimentar con la guerra "particularismos todavía muy vivos". Último error de Napoleón: a pesar de su instrumento militar, inferior al de Alemania en número y calidad, jugó aun, una vez más, tomando la ofensiva para decidir a Italia y a Austria.

Tarea fácil la de subrayar los contrastes que forman ambos ejércitos. De un lado, un cordón estirado sobre más de doscientos kilómetros, una fuerza dispersa, sin escalón de abastecimientos y sin unidad de mando. Enfrente, la movilización alemana es rápida, los enlaces precisos, la iniciativa en el mando cuidadosamente organizada.

El desarrollo de las operaciones no podía dejar de ser fatal para Francia. Tras los encuentros de Reichshoffen y de Forbach, se cierra la trampa de Sedán (1870) en donde las fuerzas francesas al mando de su Emperador viejo y enfermo sucumben ante el ejército alemán hábilmente dirigido por el Mariscal Moltke.

El régimen se viene abajo de golpe. La República organiza la resistencia. Desgraciadamente la defensa nacional será llevada a cabo sin coordinación y en vano se intentará romper el cerco de París; los Franceses se encarnizan en combatir a los prusianos allí donde éstos son más fuertes. La guerra pues está irremediabilmente perdida para Francia.

En esta embriaguez de victoria, el Imperio alemán se formaba solo bajo la égida de Prusia. El 18 de enero de 1871, Guillermo I ciñó la corona imperial en el Palacio del Rey Sol. Fran-

cia cedía poco después. Thiers aceptó las condiciones del vencedor; condiciones que el tratado de Francfort agravó todavía más. Y es casi una desmembración de Francia lo que busca Bismarck cuando exige para la "seguridad de Alemania" la anexión de Alsacia y Lorena. Y ésta es precisamente la causa fundamental de la primera guerra mundial, como lo fue la de 1870, el Congreso de Viena con sus absurdas imposiciones. Es decir para mayor claridad, la guerra de 1914 se gestó inmediatamente terminó el conflicto Franco-Prusiano de 1870.

El año de 1871 agoniza en medio de la confusión: Europa titubea, Francia sangra por sus cuatro costados, incierta en su régimen, sola enfrente de una Alemania fuerte que la voluntad férrea de Bismarck pretende llevar a la hegemonía del continente.

En esta época de transición que pudiéramos llamar, la burguesía se impone rotundamente. Aspectos de fundamental importancia en los posteriores acontecimientos fueron la aparición de la hegemonía económica encabezada inicialmente por el régimen liberalizante instaurado en Inglaterra y el nacimiento del socialismo impugnado por Hegel, Engels y Marx, que ya en 1848 pretendía con su materialismo dialéctico e histórico adueñarse del mundo. Pero la realización práctica del pensamiento de Marx tenía que hacerse esperar todavía hasta la revolución bolchevique de 1917.

"La guerra es el mejor acicate del progreso". Probemos esta aseveración con una síntesis de los progresos de la humanidad en el campo científico en el lapso de 1830 a 1870, para continuar después con el tema del presente trabajo.

En 1846 el alemán Galle descubre el planeta Neptuno en el mismo lugar que los cálculos de Le Verrier le

había atribuido. Es el triunfo del método matemático. Prosiguiendo los trabajos de Ampère, el inglés Faraday (1791-1861) descubre en 1831 los fenómenos de la inducción. Después, formulando las leyes de la electrólisis da enorme impulso al análisis de los cuerpos. Demuestra que se puede transformar la energía magnética en electricidad, permitiendo así el invento capital de los motores de corriente alterna.

Budsen inventa su pila de carbón. Ruhmkorf (1803-1877) su bobina de inducción. Pasteur abre nuevos horizontes cuando descubre el mundo de los microorganismos.

Mientras tanto los progresos técnicos prosiguen. Son mejorados los medios de comunicación y transporte. Las vías férreas se multiplican. En 1830 no hay aún 1.000 kilómetros de rieles en el mundo. En 1850 hay ya 23.000 y en 1870, 200.000.

La transmisión del pensamiento se ve considerablemente acelerada por Gauss cuando inventa el telégrafo eléctrico (1833) que el americano Morse (1838) perfecciona.

La industria ve aumentar sus recursos con la difusión de las máquinas de vapor y el invento de la máquina dinamoeléctrica.

En 1869 el belga Gramme realiza la transformación del trabajo mecánico en energía eléctrica. Por la misma época, el francés Bergés demuestra el partido que se puede sacar de la hulla blanca. La obra conjunta de ambos da como resultado el nacimiento de la gran industria hidroeléctrica.

La filosofía, la poesía, la pintura y la música brillan con luz propia en el panorama asolado de Europa. Citemos nombres para recordar: Augusto Comte, Taime, Schopenhauer, José Proudhon, Carlos Marx, Víctor Hugo, Lamartine, Puchkin, Vigny.

miento prodigioso. Resultado de todo ello es un doble imperialismo: el de los comerciantes, pacífico, y el de los militares, cuyas miras están puestas en convertir al Japón en una potencia militar de primer orden.

Los Estados Unidos y el Japón surgen, pues, en el momento en que Europa se disputa el mundo; la mayoría de las veces, para crear mercados donde verter su superproducción. La transformación económica tiene múltiples consecuencias tanto en el campo nacional como en el internacional. Acrecentamiento de la riqueza, preponderancia del capital, concentración de empresas en evidentes monopolios, carreras en pos de materias primas y mercados, éxodos de capitales inactivos, guerras aduaneras, etc. Todos estos intereses económicos explican la actitud y aspereza de la lucha por el reparto del mundo, que alcanza su plenitud en los veinte años que preceden a la I guerra mundial (1914-1918).

Estas múltiples rivalidades engendran la inestabilidad en el sistema europeo de "alianzas y de pactos". Alemania no es la única nación en dudar. Francia se inclina por Inglaterra. Esta piensa en salir de su aislamiento, que ya no es magnífico sino peligroso desde que la guerra de los Boers (1899) ha puesto en evidencia su debilidad militar. En Rusia soplan aires paneslavistas, mezcla de nacionalismo y de misticismo. Se trata de unir todos los pueblos de raza eslava. Precisamente en la época inmediatamente anterior a la primera guerra mundial, un místico turbio, el famoso Rasputín, alcanza gran prestigio en la corte de los Zares. Pero entre una minoría lúcida existió la conciencia del peligro que aquel personaje entrañaba y urdió una conjura que tuvo éxito. Esta conspiración no tenía ningún

carácter revolucionario; se proponía liberar a los Zares de la influencia malsana de aquel extraño intruso. Poco podían sospechar que Rusia estaba al borde de su cataclismo político-social de envergadura formidable, como no podían sospechar tampoco que Europa toda estaba al borde de la guerra.

La carrera de armamentos, el fortalecimiento de las alianzas demuestran en tiempo de paz, que se cree en la inminencia de un conflicto. Alemania y Austria-Hungría se afanan por incrementar sus efectivos y su material de guerra. La industria y los sabios quedan exclusivamente dedicados a perfeccionar y tecnificar las armas.

La triple Alianza es renovada. Italia promete tres cuerpos de ejército en el Rhin, en tanto que las flotas colaborarán en el Mediterráneo. En el otro campo, Francia amplía a tres años la duración del servicio militar; Rusia reorganiza su ejército; Gran Bretaña acepta su intercambio naval con Rusia.

Bélgica teme ser la primera víctima de una conflagración y refuerza su ejército. La inquietud es general. En otoño en 1913 Guillermo II declara que la "guerra es necesaria e inevitable". Moltke, sobrino del que condujo a Prusia en 1870, declara arrogantemente: "el momento es tan favorable desde el punto de vista militar, que, según todas las previsiones, no volverá a darse otro parecido". Si examinamos el periodo que separa 1914 de 1870, una cosa salta a la vista de manera evidente, y es que el ímpetu capitalista, ampliado sin cesar llega realmente a dominar y a transformar el mundo.

Los numerosos inventos de fines del siglo XIX desarrollaron rápidamente las industrias, en especial en

gotados solo tienen un deseo: que los gobiernos hagan lo "imposible" para que no se repita semejante "carnicería". Iban los tratados de paz a responder a tales deseos? No iban a ser ellos precisamente las causas reales de la II guerra mundial como lo fueron los del Congreso de Viena (1815) y los de Berlín (1870)? Fijémonos en este singular paralelismo que también se producirá desgraciadamente para la humanidad al finalizar la segunda guerra mundial (1945).

La conferencia de la paz (28 de junio de 1918) o Tratado de Versalles, que "reglamentó" el futuro de Alemania, consagraba la vuelta de Alsacia y Lorena a Francia. Polonia "resucitaba" y recibía un acceso al mar, entre Alemania y Prusia Oriental. Las colonias alemanas eran distribuidas entre Francia, Inglaterra, Bélgica y el Japón.

Las cláusulas militares reducían el ejército alemán a 100.000 hombres, estableciendo una zona desmilitarizada de cincuenta kilómetros de anchura en la orilla derecha del Rin; la izquierda sería ocupada durante quince años por los aliados; se controlaría el desarme alemán por una comisión interaliada. Un artículo especial atribuía a Alemania la responsabilidad de haber provocado la guerra con su agresión. Le quedaba prohibido a Austria unirse con Alemania sin el consentimiento de la Sociedad de las Naciones.

La paz de Versalles y sus tratados anexos dejaban tras de sí demasiadas insatisfacciones y rencores para que aparecieran a los ojos del mundo como el estatuto de ese nuevo orden al cual aspiraban los espíritus generosos.

Clemenceau, rudo luchador de 78 años, que había pasado una larga vida terriblemente agitada, el que ha-

bía "hecho la guerra y salvado a Francia" declaraba el 11 de noviembre de 1918 en París. "Hemos ganado la guerra pero ahora debemos ganar la paz y esto es quizá más difícil". Al conocer las cláusulas del Tratado de Versalles exclamó profético: "El tratado de Versalles es demasiado humillante para cualquier nación. Antes de veinte años el mundo estará en guerra". Y esa nación era Alemania, humillada pero no vencida, orgullosa, que elige presidente a su héroe el Mariscal Hindenburg, dando con ello idea muy significativa de la evolución del espíritu alemán hacia la idea de revancha. "Nosotros no podemos vivir con el Tratado de Versalles, escribía en 1921 el Historiador Von Muller. Hoy nos encontramos fuera de combate y no poseemos los medios para destruirlo por las armas, puesto que nos han desarmado... Esperemos a que los vencedores se dividan". Y ya los vencedores estaban divididos y solamente ante el peligro nacional socialista de Hitler volvieron a unirse, pero ya demasiado tarde como para evitar la II guerra mundial.

Hubo un hombre que supo recoger todo el descontento alemán de postguerra: Adolfo Hitler, que supo encauzar como anteriormente lo hiciera Napoleón III en Francia, el espíritu de reivindicación alemán. En esa Europa destrozada por las crisis económicas y las pasiones políticas, el nacional socialismo tiene el terreno abonado. La muerte de Hindenburg (1934) deja todos los caminos expeditos a Hitler, que reúne en sus manos las funciones de Presidente y de Canciller del Reich. La inflexible voluntad de Hitler, va a recoger sus frutos. Se convierte en el hombre del destino alemán, que aspira a la reconquista de los "hermanos de raza" y al engrandecimiento del "espacio vital".

nirse como un duro esfuerzo para ganar la paz. "Pero, si a este título fue instituida por los beligerantes, debemos reconocer que las naciones en guerra no pensaban quizás de la misma manera, y que los mismos términos no encubrían para cada uno las mismas realidades".

De ahí las conferencias internacionales cuya importancia va en aumento. Trabajo diplomático, político y militar muy intensos que desgastan la riqueza de los países. Reuniones permanentes en el organismo de las Naciones Unidas, pactos, alianzas que parecen fuertes, pero, que en la realidad, como se ha demostrado anteriormente, no dejan de ser palabras huecas en las mentes de los conductores.

Desde que los Estados modernos se han constituido sólidamente, las dos ideas de civilización y de nación se han ido separando y oponiendo progresivamente. De forma que a través del mundo se libran dos batallas que se entrelazan, se complican y amplifican mutuamente: la batalla de las naciones y la batalla de las civilizaciones.

He ahí el drama de nuestro siglo. He ahí el inmenso peligro para el porvenir. Las dos ideas se han desunido.

Las prodigiosas técnicas contemporáneas resultantes de los grandes descubrimientos científicos, fruto del genio humano, están al servicio de la guerra. Tenemos que abrir un paréntesis de espera ante tanta incertidumbre.

Que el mundo está dividido en dos bloques antagónicos, que ideologías irreductibles se enfrentan, la una fundada sobre la libertad, la otra sobre una igualdad niveladora, negativa y destructora de todos los valores morales, lo sabemos sobradamente. Que salta a la vista la necesidad de reconstruir la familia de los pueblos,

de fundar la fraternidad de las Naciones Unidas, en todo esto estamos de acuerdo. Y sin embargo predomina el odio, la desconfianza y el miedo.

Podrá el mundo afrontar una tercera guerra mundial? Algunos investigadores internacionales comentaron, que puede que se haya llegado por fin, al medio que hará imposibles las guerras, por lo menos la guerra general. Esta, con los medios de que ahora disponen Rusia y los Estados Unidos, equivaldría a la destrucción del género humano. Una destrucción mutua, por lo menos, de los dos colosos rivales. Pueden ellos abrigar algún interés por verificar semejante catástrofe? Las bombas de Hiroshima y Nagasaki, que con razón horrorizaron al mundo en 1945, ahora parecerían juguetes al lado de los proyectiles teledirigidos, los satélites artificiales, las fabulosas bombas de hidrógeno y de cobalto.....

La ciencia al servicio de la humanidad o al servicio de la guerra? De acuerdo a lo demostrado, siempre la balanza se ha inclinado a lo segundo en un singular paralelismo histórico.

Cabría otra interrogación que enunciar: en esta lucha de ideologías, de civilizaciones y de naciones, nadie puede ser neutral. Habrá pues necesidad imperiosa de hacer parte de uno de los dos bloques antagónicos: civilización y libertad sin condiciones, de una parte y civilización pero con libertad acondicionada, de otra. Las naciones que como la nuestra despiertan en formidables impulsos interiores, no pueden, si es que quieren subsistir, olvidar o dudar siquiera del lugar en donde les corresponde formar para defender su libertad y la civilización misma.

Es un imperativo de forzosa aceptación en estos momentos en que el mundo juega con su porvenir.